

Los espíritus de la naturaleza en la religiosidad Mapuche

Por María Ester Grebe

Origen de los ngen

El origen mítico de los ngen se remonta a la creación del mundo mapuche. Fueron generados por los creadores y destinados a la tierra mapuche con el fin de preservar la vida y bienestar de la naturaleza silvestre. Para acceder a la legitimación y validación cultural de los ngen, es necesario recurrir al discurso mítico de antiguo origen (Grebe 1986, p. 145, 151).

«Cuando hicieron el mundo, füta-chachai y ñuke-papai todo lo hicieron con sus manos. Dejaron cada cosa en su lugar y en cada cosa dejaron un ngen. El ngen era un cuidador del dios. Así aparecieron los cuidadores dueños del cerro (ngen-winkul), del agua (ngen-ko), del bosque nativo (ngen-mawida), de la piedra (ngen-kurra), del viento (ngen-kürrëf), del fuego (ngen-kütral), de la tierra (ngen-mapu). Luego, ... hicieron al hombre y lo pusieron abajo; hicieron a la mujer y la pusieron abajo»... «Füta-chachai y ñuke-papai han puesto un ngen en cada cosa para que esa cosa no termine. Sin ngen, el agua se secaría, el viento no saldría, el bosque se secaría, el fuego se apagaría, el cerro se bajaría, la tierra se emparejaría, la piedra se partiría. Y así, la tierra desaparecería. El ngen anima a estas cosas, da vida a cada cosa. Esa vida lo hace seguir viviendo para siempre».

Concepto de ngen

En mapu-dungu, el lexema ngen designa genéricamente al dueño de alguna entidad. Al que domina, predomina, manda, gobierna y dispone; pero también al que cuida, protege y resguarda. Se le utiliza por lo general como prefijo antepuesto a otro lexema. Según Augusta (p. 59), cuando precede «a nombres de cosas o personas significa su dueño».

En general, el término ngen ha sido tratado en forma breve y ocasional a nivel de vocabulario por Augusta (pp. 59-60), Moesbach (pp. 238-239), Alonqueo (pp. 217-219, 222-223), e incluso Faron (pp. 50-51), etc. Su relevancia cultural ha sido ignorada en diversos trabajos antropológicos tanto tempranos como contemporáneos. Housse (p. 85) constituye una excepción. Es el primer autor que intenta relacionar el concepto de ngen con el sistema de creencias mapuche. No obstante, su marcado etnocentrismo europeo no le permitió captar su significado de acuerdo a las concepciones, criterios y categorías mapuches, tratándolo como un símil del concepto europeo de genio de la naturaleza, seres fantásticos tales como los gnomos (enanos de los bosques) y las sílfides (seres espirituales del aire) que aparecen en muchos cuentos infantiles del Viejo Mundo.

De acuerdo a nuestros propios hallazgos, el concepto genérico de ngen parece bifurcarse en dos dominios: uno profano genérico y el otro religioso/cosmológico específico, que implican un doble referente simbólico. En el dominio profano genérico ngen designa al «dueño de una entidad», utilizándose como prefijo antepuesto al lexema que identifica a dicha entidad. Así, ngen-fotëm es el «dueño del hijo», en tanto que ngen-kuutrán es el «dueño dei enfermo».

En el dominio religioso/cosmológico específico se adopta la definición compartida por los mapuches de ngen, como «espíritus dueños de la naturaleza silvestre, cuya misión es cuidar, proteger, resguardar, controlar y velar por el equilibrio, continuidad, bienestar y preservación de los elementos a su cargo». Así, ngen-trayenko es el espíritu dueño que cuida el agua de vertiente, en tanto que ngen-mawida es el espíritu dueño que cuida el bosque nativo.

Se cree que a cada ngen se le ha confiado un elemento -o combinación de dos o tres elementos- de la naturaleza silvestre, al cual representa e identifica. Cada ngen reside en el interior de dicho elemento y puede aparecer en su entorno inmediato. La presencia de la naturaleza virgen en su lugar de residencia es una condición necesaria para su existencia, destino y acción en la tierra mapuche. Los ngen son seres animados, activos, con caracteres antropomorfos, zoomorfos y fitomorfos, que reciben órdenes de sus dioses creadores.

Los ngen son entidades terrestres. De los cuatro estratos del cosmos mapuche -wenu-mapu, rangiñ-wenu, rnapu y minche-mapu, los ngen ocupan sólo uno de ellos, el mapu. Circunscriben su acción exclusivamente al medio ambiente natural silvestre; y suelen interactuar con los hombres solamente cuando éstos intentan hacer uso del elemento natural a su cargo.

En estos casos, el hombre mapuche que accede al dominio de un ngen debe entablar un diálogo respetuoso y afectuoso con él. Primero debe pedir permiso para ingresar a dicho dominio. Para utilizar algún elemento natural cuidado por el ngen, debe justificar por qué necesita de dicho elemento y cuánto piensa extraer para cubrir sus necesidades inmediatas. Una vez obtenida la cantidad justa debe expresar su agradecimiento al ngen; y, cuando se interactúa con el ngen fuera del ámbito de la propia reducción, es necesario entregarle un pequeño obsequio cumpliendo así con el principio tradicional de la reciprocidad. Este obsequio suele consistir, alternativamente, en algunas migas de pan, o bien granos de trigo y/o maíz, o alguna pequeña moneda.

Etnocategorías de ngen

La entidad o fenómeno específico de la naturaleza silvestre representada por cada ngen define y establece su categorización émica. Al habersele confiado su cuidado por mandato de los dioses

creadores, cada ngen identifica y personifica metonímicamente al elemento que representa. Es parte de él por residir en su interior o vecindad. El reconocimiento de las etnocategorías de ngen posee diferencias regionales, infrarregionales y locales, de acuerdo a las características de cada ecosistema y a la importancia relativa asignada por los actores sociales a sus diversos componentes. Se cree que todas las etnocategorías de ngen dependen de chao-dios y ñuke-dios, la pareja dual de dioses creadores que preside el panteón mítico mapuche. (

En la zona de la Araucanía (IX y VIII Regiones de Chile), se reconocen las siguientes etnocategorías de ngen: a) ngen-mapu, espíritu dueño de la tierra; b) ngen-winkul, espíritu dueño del cerro o volcán, distinguiéndose según su tamaño el ngen-füta-winkul, espíritu dueño del cerro grande o volcán, y el ngen-pichi-winkul, espíritu dueño del cerro pequeño o colina; c) ngen-ko, espíritu dueño del agua, distinguiéndose específicamente al ngen-trayenko, espíritu dueño del agua de vertiente, y al ngen-lafkén, espíritu dueño del lago o mar; d) ngen-mawida, espíritu del bosque nativo, distinguiéndose específicamente el ngen-foyentu, espíritu dueño del bosque de canelos, el ngen-pitrantu, espíritu dueño del bosque de pitras, etc., y también el ngen-walle, espíritu dueño del gran roble, el ngen-pewén, espíritu dueño de la gran araucaria que da piñones en abundancia, etc. e) ngen-kurra, espíritu dueño de la piedra, distinguiéndose según su tamaño el ngen-füta-kurra, espíritu dueño de la piedra grande, y el ngen-pichi-kurra, espíritu dueño de ciertas piedras pequeñas que poseen potencia; f) ngen-kürëf, espíritu dueño de los vientos; g) ngen-kütral, espíritu dueño del fuego; h) ngen-kullifñ y ngen-üñëm, respectivamente espíritus dueños de los animales y pájaros silvestres; i) ngen-rëpü, espíritu dueño del camino tropero trazado por las pisadas de animales silvestres; j) ngen-lawén, espíritu de las hierbas medicinales.

Daremos a conocer algunos rasgos distintivos de estas etnocategorías, citando algunos testimonios aportados por los actores sociales de mayor experiencia:

«Ngen-mapu, espíritu dueño de la tierra. Hay dos: ngen-mapu-fücha y ngen-mapu-kushe. Son pareja. De ellos depende que la siembra produzca una buena cosecha. y después de la siembra, se les ruega que favorezcan la producción de los frutos de la tierra. A ngen-mapu se le dice: «Hoy día voy a sembrar mi semilla. Por favor,... que no se pierda la semilla que tiramos. Tú sabes que volverá a producir... En tu nombre siembro yo hoy día». Al guardar la cosecha previamente ensacada, se le agradece nuevamente diciéndole: «Gracias ngen-mapu por lo que nos has dado... hemos guardado esta cosecha». Se cree que si ngen-mapu protege la semilla, ésta crecerá; y si no la protege, se perderá.

Para obtener su protección es necesario recordarlo y rogarle durante la siembra: «Cuando uno tiene mudai, se hace una rogativa a ngen-mapu para que dé buena cosecha». Se le dice: «Tú, que eres dueño de la tierra y das todos los cereales, favoréceme: poderoso señor dueño de la tierra». Si el hombre no hace sus rogativas o trabaja mal su tierra, recibirá un castigo del ngen-mapu: «¡la siembra no se da, se da poco o se pierde todo». El mapuche «debe estar en buenas relaciones con el ngen-mapu. Para obtener su favor hay que orarle... como algo personal». Finalizada la cosecha, hay que cocinarle. Por ejemplo, las primeras arvejas cosechadas se le dejan afuera sobre la tierra en un canastito, para que ngen-mapu las aprecie. Después se cocinan los productos cosechados -ya sean arvejas, habas, porotos, chícharos, kako (mote) o choclos nuevos-, dejándose nuevamente afuera cerca de un buen árbol «para que el ngen tome el olorcito», después de lo cual «se entra a la cocina y se sirve entre todos». Esto se denomina misawün con ngen-mapu, lo cual prosigue durante todo el año cuando se convida un poco de bebida o comida a la tierra. Ngen-mapu suele hablar a las 12 de la noche, avisando lo que va a ocurrir.

Ngen-winkul, espíritu dueño del cerro. Algunos cerros tienen espíritu cuando están dotados de newén (potencia). Se les ubica ya sea en los füta-winkul (grandes montañas o volcanes) o los pichi-winkul (cerros o colinas), identificándose con apariciones zoomorfas o antropomorfas. Suelen verse frecuentemente como animales de apariencia peculiar o extraña, tales como grandes toros o culebras; y como seres mitológicos, tales como el piwuchéñ (gallo-culebra) o waillepeñ (oveja deforme).

Suelen aparecer también como hombres que residen en la cima y/o interior de los cerros o montañas, sin envejecer jamás. Allí, «su vida debe ser muy hermosa. Tienen de todo: ganado tienen, su siembra tienen, también agua, cántaros llenos de oro y plata; todas sus cosas -muebles, cama, platos, ollas- de oro y plata». Un ejemplo de estos poderosos espíritus de la montaña es la tetralogía de los milla-rüka fücha, kushe, weche-wentru y ülcha-domo, que encarnan a los espíritus dueños del volcán Villarrica (Grebe 1971, p. 184, 1972, p. 69), cuya protección es el fuego del volcán. Los ngen-winkul suelen aparecer en la cima de las colinas o montañas vestidos a la usanza de los antiguos mapuches. Se cree que en estos lugares reactualizan sus propios ritos paralelamente a los ritos desarrollados por los mapuches de las comunidades vecinas. Varios testimonios afirman haber visto a una gran distancia banderas rituales en dichas cimas. Por esta razón no se siembra en ellas dejando un amplio terreno cuadrado o circular con la vegetación original autóctona, destinado a la residencia de los ngen-winkul.

Cada comunidad mapuche vecina a un cerro potente posee un rico caudal de relatos orales que dan cuenta del sistema local de creencias, desarrollando al mismo tiempo interacciones y reciprocidades privadas con sus espíritus-dueños. Tales son los casos de los cerros Iwilmawida de Calbún, y Repukurra de Metrenco. En el cerro wilmawida, el ngen-winkul aparece como un arco iris: «Es como relmu, de todo color tiene. Se le mira y cambia de color... Todos los pajaritos cantan contentos [al verlo]... Es parte de füta-chao [quien lo dejó como] espíritu dueño del cerro y su bosque, para que viva allí y cuide... Se le

cuando va a llover [pues] hace ruido... Cuando se le pide lluvia, llueve al tiro. Cuando no se quiere lluvia, ligerito se quita. También afirma el tiempo».

Se cuenta que el cerro Repukurra fue dividido en cuatro partes, quedando cada una a cargo de un ngen-winkul: un toro negro o pardo, un fütä-filu (culebrón), un waillepeñ (oveja extraña) y un piwuchén (gallo-culebra). Es un cerro poderoso acompañado por estos cuatro gnen, que suelen aparecer cuando hay neblina. Debido a estas creencias, este cerro permaneció por mucho tiempo sin cultivos ni rebaños. Pero gradualmente sus laderas han sido destinadas a actividades agropecuarias, dejando la vegetación silvestre original para los ngen sólo en su cima, donde hay una fuente de agua que nunca se seca.

Ngen-ko, espíritu dueño del agua. Reside en las aguas limpias en movimiento de vertientes, manantiales, ojos de agua, pozos, arroyos, canales, ríos, lagunas, lagos y mares. Allí cría peces. Se le asocia con lugares acuosos y húmedos acompañados de una abundante vegetación silvestre. «El dios dejó el agua para la tierra; en esa agua venía ngen-ko y lo dejaron como dueño. Tiene poder para transformarse en animal, gente, piedra o tronco de agua». Se le identifica con apariciones zoomórficas, antropomórficas o fitomórficas. Suele presentarse como un mamífero -toro, vaca, vaquilla, caballo, oveja, cerdo o perro-, pero también como un sapo o sirena sumpall (Carrasco 1982). También suele aparecer como una pareja de seres humanos (hombre-mujer) eternamente jóvenes que corretean y juegan en las aguas. Sus colores simbólicos son el azul del agua, el blanco de su espuma y el verde de las algas, matorrales y aguas profundas, donde reside.

Cuidada por el ngen-ko, el agua tiene vida corriendo siempre sin detenerse. «Ngen-ko habla. Contesta al hombre. Canta cuando tiene mucho raudal». Ejerce el control de las aguas y lluvias, velando por su flujo continuo y su acción fertilizadora de la tierra. No obstante, ngen-ko requiere que sus aguas estén siempre acompañadas de vegetación silvestre. Si ésta es eliminada, el espíritu del agua se muda a otro lugar frondoso.

La sirena sumpall es un ngen-ko. Se dice que «donde está sumpall, el agua no se seca nunca». Se cuenta que «había una fuente de agua en un mawida (bosque nativo). Allí había una sumpall. Esa agua nunca se secaba. Los animales tomaban allí agua en el verano. Era muy bonito. En marzo se levantaba neblina grande al pie de esa agua y aparecía sumpall. Era buena y ayudaba, los mapuches tenían fe en ella, le pedían cosas apenas salía la neblina». Por esta razón, los mapuches han deseado mantener la naturaleza silvestre tal cual fue creada.

Manquián, el espíritu-dueño del mar, es una variedad de ngen-ko, un ngen-lafkén. (Véase Lámina 2). El relato mítico gravita en un hombre joven «transformado en piedra por burlarse de la naturaleza y posteriormente transformado en un ngen-ko, dueño y señor de las aguas y que habita en su interior». (Carrasco 1988, p. 117).

Otra variedad es el ngen-trayenko, espíritu dueño del agua de vertiente. Cuando un caminante mapuche se aproxima a una vertiente para calmar su sed, se produce un diálogo respetuoso entre él y el espíritu del agua, primero solicitando su permiso para tomar agua y luego agradeciendo lo recibido. Si se está fuera del ámbito de la propia reducción, opera entonces el principio de reciprocidad: es necesario arrojar al agua algunos granos de trigo, migas de pan o monedas.

Ngen-mawida, espíritu dueño del bosque nativo. Su misión es similar al de un guardabosques. Protege la vida de su flora y fauna promoviendo su bienestar y continuidad, criando animales y pájaros silvestres. Para ello, debe prevenir su explotación excesiva, su contaminación y destrucción mediante la tala o el fuego. Así, cuando un hombre mapuche desea cortar leña o recoger ramas en un bosque nativo, debe pedir permiso respetuosamente al Ngen-mawida, justificando sus propósitos y la cantidad mínima que necesita para la subsistencia de su familia. Antes de partir, es costumbre obsequiar algo al Ngen en reciprocidad. Ngen-mawida habla poco, pero en el invierno con viento y lluvia responde a cualquier pregunta. Habita dentro de un bosque «que no sea plantado» por la mano del hombre. Su casa no se ve, se siente.

Se cree que cuando algún espíritu mapuche baja del wenu-mapu a la tierra, su lugar predilecto es el bosque nativo milenario plantado por su mano durante la creación divina original. Le gusta refrescarse en él. Un testimonio relata la emoción profunda que embarga a un mapuche creyente que penetra en sus dominios. Es una experiencia mística que lo aproxima a sus dioses. En el bosque se siente intensamente la presencia divina: el dios ha bajado y está allí. El mapuche siente entonces que la tierra se mueve y gira bajo sus pies. Se cimbra todo el bosque. Son efectos de la presencia divina en un ambiente saturado de potencias sobrenaturales. En suma, el bosque es la catedral o iglesia de muchos mapuches creyentes.

En los bosques nativos de la Araucanía que aún van quedando se encuentra todo lo creado: la flora y fauna autóctonas. Es posible reencontrar en ellos una réplica del mundo primigenio de la caza-recolección, junto a sus árboles nativos, animales silvestres, enredaderas y helechos. Cuando talan o queman un bosque nativo, termina abruptamente la vida silvestre sin opciones de continuidad. Al agotarse sus vertientes se muere la milenaria flora y fauna. Y el ngen-mawida también se va.

Ngen-kurra, espíritu dueño de la piedra. Desde hace mucho tiempo los mapuches han rendido culto a ciertas piedras poderosas ubicadas en senderos o en pasos cordilleranos. Dichas piedras se caracterizaban por su forma y tamaño: eran grandes, bien hechas y de formas hermosas o sugerentes,

predominando las redondas; y de ellas nacían otras más pequeñas. «La gente viajaba a esas piedras milagrosas porque contestaban preguntas. Por el poder de Chao Dios, el ngen-kurra hablaba y contestaba las preguntas. Tal era el caso de kallfu-kurra, piedra azul ubicada en la cordillera, más lejos que el volcán Villarrica. Para que diera permiso para pasar, había que darle monedas para que el viajero llegase bien a su destino, pues los ngen-kurra también protegían al viajero... El poder de la piedra reside en el Chao Dios».

«Al iniciar un trabajo, los canteros de Codegua dicen a la piedra: 'Piedra, te voy a trabajar. Dame permiso para que no pase nada'. Entonces, la piedra da permiso y suerte. Todos los días el cantero hace su rogativa antes de empezar. En ese caso, sale bien el trabajo; en caso contrario, el trabajo fracasa». De este modo, es necesario rogar y obsequiar algo (bebida, comida) al ngen-kurra, agradeciéndole su autorización y apoyo.

Un caso sincrético de ngen-kurra es la piedra santa de Lumaco, una roca grande que, según varios testimonios, cruzó un río subiendo la ladera de una colina. Desde entonces se generó allí un santuario, lugar de peregrinación de mapuches y no mapuches. La piedra santa posee dos sectores: a la derecha se practica el rito mapuche -con canelo, sacrificios de animales, ofrendas de alimentos y toques de kultrún-; y a la izquierda se practica el rito cristiano -con plegarias, velas y flores-.

Ngen-kürřëf, espíritu dueño de los vientos. Hay cuatro vientos principales en la tierra mapuche, que emergen desde los cuatro lugares de la tierra (puntos cardinales). Surge así el waiwén, viento sur favorable; el lafkén-kürřëf, viento oeste relativamente bueno; el puelche, viento este relativamente malo; y el pikún-kürřëf, viento norte destructivo que trae fuertes tormentas. Si el arco iris aparece con dos anillos, el trueno (tralkán) puede cortar la lluvia excesiva. Cuando hay viento fuerte, ngen-kürřëf canta en mapuche: es la voz del ngen-kürřëf, aunque su canto no se entiende hoy día.

Ngen-kütral, espíritu dueño del fuego. Se presentan aquí ambigüedades y discrepancias entre los testimonios, que son escasos. Mientras unos confirman que el fuego fue dejado por los dioses creadores junto a un ngen para su cuidado, otros afirman que fue hecho por el hombre y, por tanto, carece de ngen. En el primer caso, se le considera como dueño de casa que reside en el fogón de la ruka. Con un soplo, vuelve a prenderse dando calor y comida caliente para la familia.

Ngen-kullifi y ngen-üñëm, espíritus dueños de los animales y pájaros silvestres. «Dios mandó los animalitos y pajaritos y dejó ngen para que los cuidara». Toda la fauna silvestre que da vida a la naturaleza virgen es conservada y protegida por estos ngen. Estos últimos pueden adoptar también la forma de animales y pájaros, cuyos ruidos y cantos se suelen percibir a distancia.

Ngen-rëpü, espíritu dueño del camino tropero. «Dicho camino fue hecho por el dios fütä-chachai. Entre dos cerros y donde corre el agua, allí hay camino natural». Otros son marcados por pisadas de animales silvestres. En todos esos caminos hay un ngen que dejaron como dueño del camino. Si «se le dice 'dame buen viaje', él da camino al caminante y, aunque sea en una montaña tupida, uno ve el camino. Si no fuera por este ngen, se vería nublado y no se encontraría el camino».

Ngen-lawén, espíritu dueño de las hierbas medicinales. Todas las plantas medicinales han sido dejadas a los hombres por los dioses creadores. «Lawén no está nunca solo. Tiene cuidador. Cuando no se pide permiso [para recoger las hierbas], sale culebra que engaña a la gente. La culebra espanta a la gente y se arranca. A la culebra [se le dice], 'Perdone, Ud. no me haga maldad. Yo tampoco. Deme permiso para recoger lawén'. Allí desaparece la culebra». Para evitar estos problemas, «antes de recoger hierbas medicinales se le pide permiso al ngen-lawén para recogerlas: 'Ngen-lawén, te pido permiso. Voy a recoger algunas hierbas medicinales'. Por su parte, «a ngen-mapu se le pide que aparezca lawén» en abundancia.